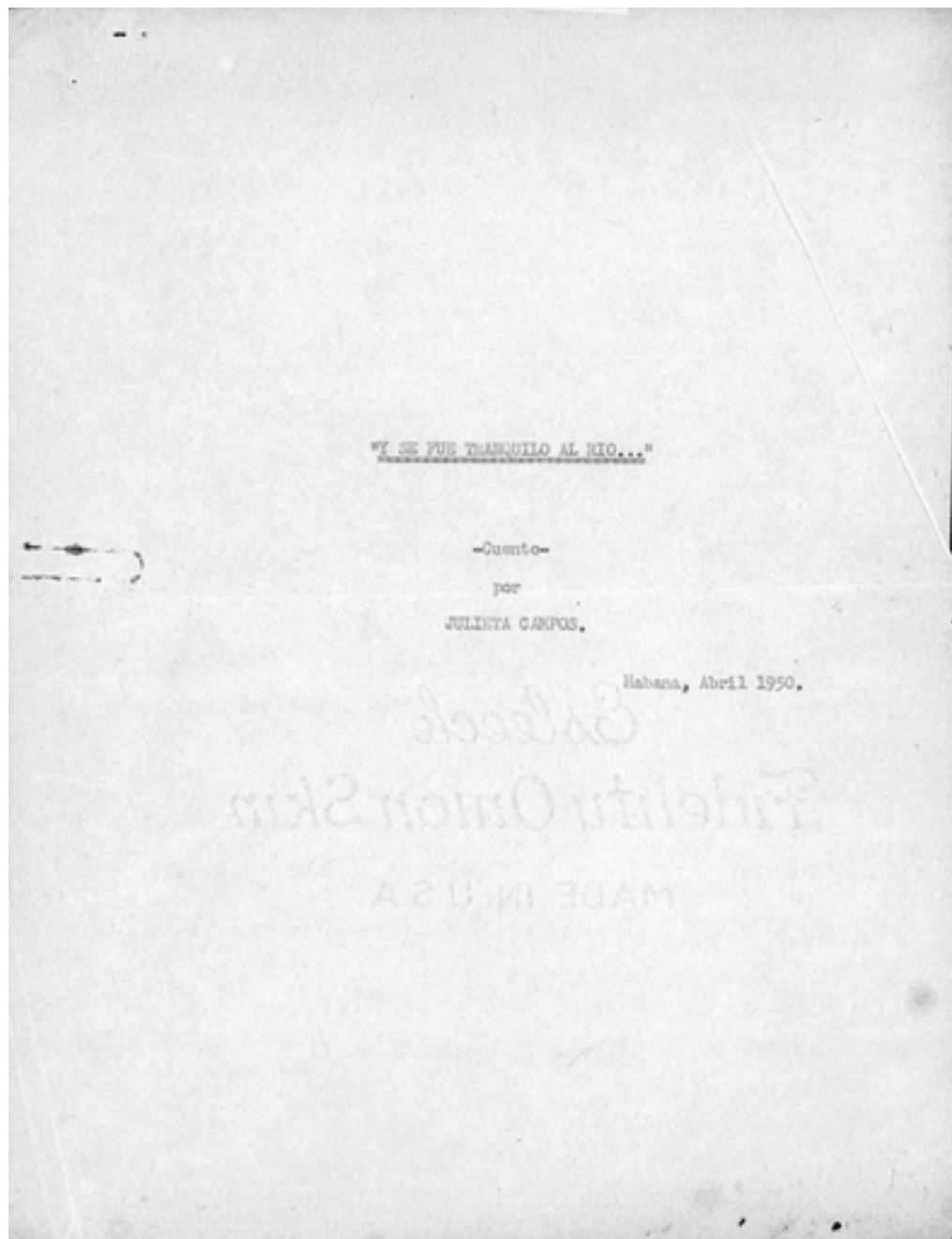


Y se fue tranquilo al río...

Julieta Campos



“Eran los dos muy viejos, y vivían en una casucha de tablas y techo de zinc, en medio del monte. Él tenía la cara buena y los ojos honrados. Ella estaba consumiéndose de una enfermedad implacable que le paralizaba los miembros día a día. Primero se le encogió una pierna, luego fue la otra, hasta que quedó inmóvil de cintura abajo. El viejo la cuidaba como si fuera una madre y únicamente la dejaba sola para ir a trabajar a ganar el dinero necesario para ir tirando y comprarle las medicinas. El médico del pueblo cercano la había visto y había dicho que el caso era irremediable; el mal iría avanzando lentamente, pero sin tregua, lo único que se podía hacer por la enferma era aliviarla con calmantes.

—“Mi obligación, viejo, es decirle la verdad, —había dicho— y ésta es que no hay manera de salvarla. Unas inyecciones pueden retardar el desarrollo del mal, pero esto sólo le alargaría la vida un poco; está en usted que yo se las recete o no— Usted dirá, viejo. Después de pensarlo un momento había dicho que sí. Para comprar las inyecciones tuvo que pedir prestado, pero las compró y se las empezó a poner él mismo. El médico le regaló una muestra del calmante que había que administrarle cada cinco horas, para lo que él tenía que volver del trabajo, apurado y con un nudo en la garganta del temor de que ya le hubiera empezado de nuevo el dolor a la vieja. Además, la idea de que la parálisis total hubiera podido sobrevivir lo perseguía en el camino y se le iba haciendo real hasta el punto de llegar a la casa seguro de que iba a encontrarla muerta.

“Un día que por milagro estaba dormida, la vio tan inmóvil que desesperado, fue a zarandear su cuerpo

con las manos temblequeantes y sudando frío. El dolor del movimiento la despertó y en medio del regocijo de verla viva, no supo el viejo cómo explicar lo que había hecho. La enferma en su inconsciencia lo acusó de haber querido matarla.

—Ya me queda poco —le dijo—, no vas a tener que aguantarme mucho más.

El pobre viejo le besó la cara con los labios salados, mojados por el llanto.

“Al día siguiente ya no pudo ir al trabajo, la vieja se quejaba sin descanso, y ya la parálisis le invadía la parte superior del cuerpo. A la noche pasada en vela, siguió el día en angustiosa expectación. Él, sentado al lado de ella, mirando cada gesto como para sorprender el último, al mismo tiempo que la acusación del día anterior le iba ocupando el pensamiento, y transformándose casi imperceptiblemente en una resolución. Ésta le vino sin asombro, y se le fue adentrando hasta hacerse plena y compulsiva. Tomó el pomo del calmante y fue echando las gotas, contó, una..., dos..., siete..., veinte..., treinta..., ya había pasado el doble de lo que se le debía dar. Esperó pacientemente a que ella pidiera la medicina y se la dio con la calma de siempre. Luego se sentó a su lado viéndola dormirse por última vez. Allí se pasó toda la noche, sin despegar los ojos de la cara de su vieja, hasta que empezó a colarse el día por la puerta abierta. Entonces la tomó como a una niña pequeña y la vistió con su mejor vestido, blanco y almidonado. La enterró de mañana junto al único rosal que había plantado afuera.

“Y se fue tranquilo al río. La corriente se lo llevó sin prisa”. U

